



INFLUENCIA DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA EN LA REVOLUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

(Composición que obtuvo el primer premio
en el Certamen «Centenario Nacional» de 1910, celebrado en Córdoba)

AL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA,
DR. JULIO DEHEZA,
OBSEQUIOSA Y ATENTAMENTE

EL AUTOR

Siempre el templo de la ciencia se ha levantado resplandeciente en el fondo obscuro de la historia, iluminando con sus claridades soberanas la frente de las naciones.

Persiguiendo el culto austero de la verdad, ha fecundado el germen de todas las grandes reacciones sociales; ha sido el depositario de las esperanzas y de los destinos futuros de los pueblos.

El progreso y la civilización han medrado a la sombra fecunda de sus columnas; han vivido de sus perfumes y de su esencia, como vive de la verdad la mente, como vive de la bondad y el bien la voluntad.

Ninguna revolución social, ningún movimiento reaccionario, ninguna empresa se ha llevado al escenario de la vida real, sin que primero haya pasado por el laboratorio de la ciencia, se haya formado y purificado en el crisol del pensamiento.

Todos los grandes hechos están precedidos por la luz de la mente; son el resultado lógico de las grandes ideas que se per-

feccionan o germinan y se elaboran en los “talleres de las inteligencias”, como alguien llamara a los centros del saber, a los templos de la ciencia.

Los festejos conmemorativos del centenario argentino, son una grandiosa manifestación de estos principios, que la sana filosofía inspira y la historia consagra.

Hay momentos en la historia de los pueblos en que una idea domina general y apasionadamente en todas las almas, inflama todos los corazones; esa idea no fué, no pudo ser el producto de las circunstancias propias del momento; fué largamente madurada en el fondo del espíritu americano, hasta que un día apareció a los ojos del pueblo, bella, refulgente y mágica; y el pueblo consagróle entonces sus fuerzas, sus aspiraciones y su vida.

Tal fué para el pueblo argentino la idea de la independencia civil que proclamó entusiasta el día 25 de mayo de 1810.

Buscando el génesis de esta vida salvadora, el proceso de elaboración de la misma, hemos de consagrar en el tema propuesto el medio lógico, la razón filosófica de esos memorables acontecimientos.

Invocamos la influencia universitaria para elaborar y fecundar esa idea, y la activa participación de la misma en la realización del grandioso pensamiento.

Dividimos, pues, en dos partes nuestro trabajo: en la primera, argumentamos de las ideas a los hechos, contra los que desconocen la influencia poderosa de la vida intelectual en la vida práctica; en la segunda, de los hechos a las ideas, para patentizar la influencia positiva y directa de la Universidad de Córdoba en los hechos de la Revolución argentina.

I

Se ha dicho y con justicia, que “la humanidad piensa su vida y después vive de su pensamiento”.

Sin duda que esta frase de Lamennais consagra en síntesis

la influencia de la vida intelectual en la vida real del hombre, individuo y social.

El hombre vive de su pensamiento, de sus ideales, de sus esperanzas; es la luz de la ciencia que ilumina sus pasos; es la idea que guía su marcha progresiva y triunfal a través de los tiempos.

La historia, que nos señala en la ciencia el termómetro de la cultura de los hombres, invoca para todo movimiento social un correlativo movimiento intelectual, preparado casi siempre en los emporios del saber humano.

Por eso en la escuela positivista de Comte, que sólo se concreta el empirismo de los hechos, el hombre viene a ser un ente arrojado fatalmente en el espacio, sin aspiraciones, sin ideales, sin esperanzas.

Desconocer la suprema influencia de la vida intelectual en la vida práctica, es desconocer al hombre en el problema de sus actos.

Siempre ha sido un axioma, que las obras son una actuación en las ideas: que el individuo y la colectividad no se deciden a obras, sino después de haber concebido un plan ajustado a sus ideas.

De aquí la conciencia del deber, la justicia de la imputabilidad.

Enseñanzas sublimes que, al propio tiempo que hacen del hombre un ser independiente y libre y le colocan sobre todos en la jerarquía de las entidades vivientes, hacen también que sus obras sean la expresión genuina de su pensamiento.

Las grandes ruinas del siglo XVII, como las grandes aberraciones del siglo XVIII, no fueron sino el producto lógico de las falsas máximas de aquél y del filosofismo de éste.

Desde que Descarte, destronando el magisterio antiguo, rompió con toda tradición científica para iniciar una nueva filosofía sobre la base de su principio único: "yo pienso; luego soy", den-

Las nubes alzaronse en el horizonte científico, diluvio de errores invadieron al mundo, sembrando por doquiera la confusión y el desorden, porque el equilibrio y el orden es imposible cuando los principios de la filosofía se alteran.

Los continuadores de la fórmula cartesiana, dieron origen a todos los errores de la filosofía moderna; de aquí nació el escepticismo, el materialismo y el sensualismo filosófico; de aquí también los grandes problemas y los grandes males de nuestros tiempos.

Si la humanidad vive de su pensamiento, a ese pensamiento encamina sus actos.

El anarquismo y el nihilismo no se conocieron sino después que el transformismo vino a separarnos de nuestro verdadero principio de origen, y el materialismo a aislarnos en el espacio, abandonados a la fatalidad de nuestros caprichos y a dejarnos sumidos en la desesperación y en la duda, proscribiendo los vínculos que nos ligan al infinito.

El desequilibrio social no se conoció sino después de destruida la verdad religiosa, combatida por el naturalismo filosófico; y la gran cuestión social recién vino a ser un problema insoluble cuando el *filosofismo*, infiltrando sus máximas en las filas de las clases bajas, consiguió implantar en ellas el utilitarismo y la moral del interés y del goce.

Justo es proclamar la gran influencia de la vida intelectual en la vida práctica; y así como los falsos principios científicos llevan a las sociedades al desequilibrio y a la confusión, las verdaderas ideas las llevarán al reinado de la justicia y de la paz.

A las ideas científicas, pues, de los pueblos están encadenados la cultura y el porvenir de los mismos, como el efecto lo está de su causa, como la belleza lo está del esplendor del orden, como la luz del sol que la irradia.

Por lo tanto, los grandes centros del saber humano, donde las ideas científicas se anidan; esos laboratorios donde se marcan rumbos y se especifican edades y se desarrollan robustas las ener-

gías intelectuales, cualquiera que sea su nombre, bien se llamen escuelas, universidades o academias, son para los pueblos como el alma que da vida al cuerpo, como el acto que especifica y determina la potencia, como la forma para la materia prima.

Y es tan justa esta comparación, que un ilustre publicista llegó a decir de las universidades, que son como grandes moldes donde se vacían las masas y se forman el sentimiento y la conciencia popular, semejante al sol que desde las alturas irradia luz, claridad y vida e imprime dirección a los grandes hombres y a los grandes pueblos.

Los pueblos sin estos centros son como entidades moralmente muertas y apenas si viven la vida inconsciente que se determina por las funciones maquinales; existencias vacías de sentidos, sin rumbos, sin aspiraciones, ni porvenir.

Estos pueblos, como la mayor parte de los antiguos, sólo son aptos para la servidumbre, sólo escuchan la voz degradante que sube del bajo fondo de las pasiones y de los vicios, porque la luz de la ciencia que es el foco de la verdad, no los ilumina, y la idea que es una victoria a conquistar, no ha penetrado en esas almas.

Al amparo de estas ideas entremos a discurrir más directamente sobre el tema propuesto, para descubrir en la Universidad de Córdoba una comprobación histórica de esas teorías filosóficas.

En la edad remota del coloniaje, la pasión civil y la pasión política estaban muertas; eran pueblos aquellos, al parecer, destinados a la servidumbre.

Sin embargo, la naturaleza con sus encantos, el cielo con sus magnificencias, la vida con su exuberancia, decían en su mudo lenguaje, que no habían nacido para esclavos aquellos pueblos.

Un hombre vislumbró, en la obscuridad de los tiempos, la idea salvadora del porvenir; la acarició en su mente, e involucrada en sus obras, la entregó a la historia para que las generaciones la fecundasen.

Nacido en tierras americanas, tuvo, tal vez el primero, la clarividencia de los futuros destinos de estas regiones “nacidas para la libertad y para la vida de los grandes pueblos”, al decir del poeta, y el célebre fraile Trejo y Sanabria empezó a derramar el germen de esta resurrección en el surco de la vida popular.

Desde que su carácter de hombre público dióle ascendiente sobre sus contemporáneos, inició la lucha en favor del oprimido; puesto de parte de “los indios, mulatos o negros, agobiados por el trabajo personal, empezó la lucha en obsequio de la libertad y de los derechos del hombre” (Alberdi).

Convencido que la educación, que la ciencia, que el conocimiento de las cosas y de las causas es el primer factor, el primer resorte de las grandes empresas; que un pueblo ignorante es un pueblo muerto para la vida de la libertad y del progreso, consagra su vida en ilustrar a su pueblo, en derramar luces intelectuales entre los que le habían confiado a su ministerio, y empezó a minar los cimientos de la conquista y a limar las cadenas del cautiverio cuando puso en esta ciudad la primera piedra de la histórica Universidad.

Fué éste el foco de luz que iluminó las tinieblas del coloniaje, como lo fué la de Méjico, como lo fué la de Lima.

Sobre el pedestal de esta Universidad se dignifican estas regiones coloniales y particularmente el Tucumán y el Río de la Plata, que toma de aquí toda su grandeza positiva y su espectacularidad moral, y Córdoba en especial, coloca en ella su nobleza efectiva y real y no en los títulos de sus pergaminos con que los reyes de la península le dieron el blasón de muy “leal y noble ciudad”.

Ampliando la frase de un escritor argentino, podremos afirmar que la historia nacional es la historia de la Universidad de Córdoba; ambas descansan en los mismos trofeos, coronados con las mismas glorias; ambas, como un compuesto cuyos elementos separados apenas si se conciben en las regiones especulativas,

marchan juntas a la conquista de la civilización y del progreso, siendo la una la fuerza motriz y dirigente, la causa enérgica de la actuación gloriosa de la otra.

Cuando cuatro siglos después, en plena realidad de aquellas ideas, llegó el momento de glorificar a este primer patriota, el genio inspirado supo estampar en el bronce estas ideas que fueron en él su programa, su aspiración, su ideal.

Sobre base de granito, de líneas severas y elegantes se levantan los bronces del monumento. Un himno de gloria, en cuatro magistrales estrofas, forma la base donde descansa la figura del obispo franciscano. (Estatua de la Universidad a su fundador).

El primero de los altos relieves es todo un compendio simbólico de las aspiraciones de Trejo, iniciando el coro de alabanzas: *Post tenebras, spero lucem.*

Es una mujer envuelta en un ligero manto que disipa las tinieblas; que con mano delicada alza el negro velo de la noche y da paso a la luz que irradia del sol que nace majestuoso en el horizonte.

Es la Religión, elegante y exquisitamente modelada, en la actitud que representa de lleno su misión y su carácter específico; es esa hermosa realidad que encarna la justicia y la eficacia de los vaticinios de Isaías; es la Santa Iglesia Católica, en fin, que irradiando en el alma de Fr. Hernando, le hace señalar los primeros pasos de un movimiento nuevo y de un nuevo ideal.

Trejo llegó a estos desiertos y con energías vigorosas rompió la densa niebla, haciendo clarear la luz!

Crece las luces y se dilatan por el país con los universitarios; y ya no es menester buscar fuera los hombres dirigentes, ni es necesaria la linterna de Diógenes para encontrarlos.

Con la conciencia de haber adquirido fuerza bastante para desvincularse y crear una nueva entidad política, Córdoba opera su desmembración de la provincia de Tucumán.

Su Universidad sigue dilatándose y su fuerza separatista caminando a la autonomía regional, tiente la creación de un nue-

vo virreinato con su sede en Buenos Aires, dando al coloso del Perú el inmenso disgusto de arrebatarle la mitad de sus dominios y declararle la guerra de rivalidad y predominio.

Ni se detiene aquí la fuerza de las luces incesantemente esparcidas y multiplicadas por la Universidad de Trejo; la idoneidad se multiplica y la conciencia de los deberes cívicos se ilumina cada vez más; pléyades de hombres esolarecidos, obteniendo la emancipación de la ignorancia, preparan el precioso momento de proclamar la emancipación política sobre este suelo.

Ella es la luz redentora brotada de cerebros iluminados en los talleres de Trejo y reflejada sobre la frente de los soldados patriotas.

II

Exteriorizados los principios referentes a la influencia de la vida intelectual en los acontecimientos sociales; puesta la Universidad de Córdoba a la cabeza de las grandes ideas reaccionarias de la libertad e independencia del continente americano, bajemos a estudiar la segunda fase de la influencia directa de la misma en la realización de esas ideas.

A esta casa están vinculados todos los acontecimientos transcendentales de la vida argentina; cuna de la intelectualidad nacional, ha creado los hombres y las cosas que forman su historia social, política y religiosa.

Funada en 1613, su primer beneficio en orden a la vida nacional, fué suavizar los rigores de la conquista, para seguir marcando desde entonces los grandes movimientos de la evolución argentina cuando fué colonia, cuando proclamó su independencia, cuando ardía el fuego de la guerra civil, cuando llegó la hora de su reorganización definitiva.

Sus doctores prepararon el ambiente caldeado del patriotismo del año 10.

En ella, sin duda, había nacido la primera idea de libertad

que se propagó sobre este inmenso y oscuro continente; a ella tocaba preparar el camino en orden a la realidad de la misma.

El sistema político colonial había tomado todas las providencias para sofocar cualquier propaganda que pudiese dejar en el fondo del espíritu indígena una idea, un sentimiento siquiera remoto de libertad e independencia; prohíbese por real autoridad hasta la circulación de objetos que en figuras o en símbolos llevasen grabadas esas ideas.

Sin embargo, los espíritus fuertes, los corazones patriotas que nacían en los claustros universitarios, con su geniosa prudencia, supieron evadir esas precauciones y cautelas y formar el ambiente favorable a la libertad civil, como una consecuencia de la libertad personal, de la libertad del alma.

En estos tiempos, cuando era un crimen el pensar solamente en la emancipación, un catedrático ante sus discípulos y su rector (que da testimonio de ello) estimulaba continuamente a sus conciudadanos y les decía: “que hayamos nacido en un suelo en que el genio oprimido pierde su vigor; que han de querer embrutecernos los de ultramar! Los americanos son culpables; y nos agobiamos bajo el yugo español cuanto tiempo ha se nos viene a las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar; ilustrarnos, ilustrar a la juventud: no sé qué presagio advierto de libertad y es necesario formar hombres”. (García: *Oración fúnebre de Rodríguez*).

Supieron cautelarse y propagar sus propósitos, pudiéndose decir de todos lo que el historiador V. López afirma de uno de ellos: “Rodríguez supo inspirar a un tiempo en el alma de sus discípulos el amor a la ciencia, el respeto a la religión y la pasión de la libertad”.

La Universidad de Córdoba, como lo aseveró un prelado, fué la llamada a formar, por medio de sus doctores, el espíritu de los que en 1793 inauguraron las cátedras del famoso colegio de San Carlos, para dirigir la juventud porteña y plasmar en el

transcurso de un cuarto de siglo, en el espíritu público, con la idea, la imagen de una patria independiente y libre.

Y fué esta imagen, esta idea que arraigó hondamente en el alma de las masas, en el ambiente público, en la conciencia de todos, la que motivó próximamente la conducta heroica del Buenos Aires, en el día memorable de 25 de mayo del año 10.

Así únicamente puede explicarse a satisfacción el carácter de la revolución argentina. No fué un partido, no fué un caudillo, no fué un golpe de política aquella; fueron las masas, fué el pueblo que pide en nombre propio la libertad, y se impone para conseguirla.

Es la revolución más popular que registra la historia; esa revolución estaba hecha ya en las almas, en las ideas, en el espíritu de todos y cada uno.

Y si no hemos de admitir efectos sin causa; si la lógica nos induce a buscar cuál sea el autor de esas ideas, encontramos en los centros universitarios la mano sembradora de esas ideas, de esos gérmenes de resurrección social.

Un miembro del clero formado en la casa de Trejo regentaba el Colegio de San Carlos de Buenos Aires, cuando se educó esa primera generación "que formó la mayor parte de los jóvenes que hicieron la revolución de Mayo, y que la defendieron en el campo de batalla y en el de las letras". (V. López: t. VII, cap. XIII).

III

Bajando a formas más concretas y específicas que más de cerca nos hacen palpar la influencia decisiva de la Universidad en la revolución de la independencia, señalamos como hechos culminantes la creación de la Facultad de jurisprudencia civil y la formación de un clero americano.

Son estos, sin duda, los dos factores que más poderosamente

han contribuído a formar la voluntad decidida y firme en pro de la libertad y de la independencia nacional.

La jurisprudencia que disciplina la mente en orden a la justicia y al derecho; y la religión que inclina a la voluntad a conseguir esos beneficios, que colocan al hombre a la altura a que Dios los destinara, como ser racional y libre.

Venciendo graves dificultades y a pesar de fuertes resistencias, en la primera mitad del siglo XVIII, instituyóse en la Universidad de Córdoba la Facultad de jurisprudencia civil.

Fué aquella una gran ventaja para la causa de este continente. El estudio de esta rama de las ciencias jurídicas, debía traer al ánimo de profesores y discípulos el claro conocimiento de la vida de libertad, de justicia, de independencia civil.

Con el sentimiento de la propia personalidad, debía crear nuevas exigencias, necesidades nuevas; sed insaciable de felicidad y bienestar; debía crear con la conciencia de los derechos la conciencia de los deberes recíprocos.

Destinada esta enseñanza al ejercicio de los derechos, era sencillamente mostrar a un ciudadano esclavo, las ventajas y las prerrogativas de un ciudadano libre; patentizar a la conciencia popular que es muy noble ser señores de sí mismos.

Mientras esta enseñanza se actuaba en la Universidad, nuevos horizontes se abrían a la juventud americana, que se ponía al corriente de los derechos del hombre y de los derechos de la familia, en las sociedades civilizadas.

El célebre autor de las Partidas había escrito en la ley 8.^a: “La ciencia de la ley es como fuente de justicia y aprovéchase de ella el mundo más que de otra ciencia”.

La Universidad introdujo esta ciencia en sus estudios y el mundo americano aprovechóse de ella para formar primero la conciencia de sus derechos y de sus libertades; para reclamar después por espontaneidad o por las fuerzas, esas grandes prerrogativas de las sociedades civilizadas.

“Necesitamos formar hombres”, decía un catedrático en sus

claustrós; sí, hombres que sepan valorar el tesoro de la libertad e independencia nacional; hombres que conozcan el manejo de las formas políticas y administrativas, hombres que sepan defender sus convicciones con la palabra, la pluma o la espada; y esos hombres salieron de la nueva Facultad universitaria para trabajar con propósitos e ideales definidos en pro de nuestra regeneración social y política.

Sí, a la Universidad de Córdoba, al decir del historiador López, "cupó en suerte dar hombres de alta importancia, que debían brillar más tarde en los trabajos políticos de nuestra revolución y aun en la carrera de las armas" (t. I, c. XXVIII).

Así se cimentaba esa gran idea; así se preparaba esa gran obra en ese "taller de inteligencias".

Al lado de la nueva Facultad se levanta un clero criollo que, al nacer en este suelo, empieza a soñar en la futura emancipación del país.

IV

Es indiscutible que el primer resultado, tal vez el beneficio más inmediato de la Universidad, fué la formación de un clero americano, y es igualmente indiscutible que este clero tuvo la parte más activa, más patriótica, más eficiente en la revolución de la independencia nacional.

Así lo declara en una de sus obras un eminente argentino, cuando estudia la asamblea del año 16.

"*Como en todas las asambleas políticas de la revolución, el elemento legista y clerical predominaba en el congreso de Tucumán; lo que se explica no sólo por la mayor ilustración que debía suponerse en aquellas clases, sino también por haberse decidido desde muy temprano en favor de las nuevas ideas, los clérigos, los frailes y los abogados, que se constituyeron en sus ardientes apóstoles.*" (Mitre: *Historia de Belgrano*, cap. XXVII).

"La mayor parte de los que formaban el congreso eran clé-

rigos y teólogos que se emancipaban de su rey, tomando todas las precauciones para no emanciparse de Dios y de su culto.” (Avelaneda: *Escritos*, pág. 137).

Es indiscutible el ascendiente del sacerdote sobre las masas populares; habla al pueblo palabra de verdad y de vida, y el pueblo cuando no está corrompido, cuando es sano en sus costumbres y en sus ideas, como el de 1810, toma sus indicaciones como preceptos, sigue sin discutir sus ideas y sus ejemplos, convencido de que no es posible que la falsedad y el fraude se oculten bajo su carácter divino.

El clero nacional, el clero formado por la casa de Trejo, conservó en el pueblo el entusiasmo por la gran causa de la patria y la adhesión ferviente del mismo a la idea y al desarrollo de la revolución.

Ya lo decía Belgrano marcando en sus cartas privadas la conducta a San Martín: si el pueblo se da cuenta que esta revolución no es crítica, si llega a penetrarse de lo que los realistas pretenden inculcarles, de que es antireligiosa nuestra obra, estamos perdidos!

El rol del clero era, pues, importantísimo; su presencia era decisiva. Y el clero respondió con altura a esta su misión patriótica.

En los momentos de entusiasmo estaba a la cabeza de todos, derramando en versos fogosos, como Rodríguez, la llama del patriotismo en el corazón del pueblo, y en las horas de desaliento subía a las cátedras sagradas para decir a los hombres que era necesario no desfallecer en la obra, e invitarlos, como García, a confesar su política revolucionaria aún en la “punta de una espada”. Buscaba luego el corazón de la mujer para inflamarlo en el santo amor de la patria, y la mujer argentina, tan heroica, tan entusiasta, tan amante de las grandes causas nacionales, oía de su boca la frase imperecedera de la mujer espartana: *Dulcis est pro Patria mori!* “Os llega la hora de ser generosas, les decía desde el púlpito, de ser generosas hasta sacrificar los bienes para

sostener la guerra; las joyas, las alhajas y hasta vuestros cabellos, como lo hicieron las damas de Siracusa, para que sirviesen de cuerdas para arrojar los instrumentos de la muerte sobre los enemigos". (Pant. García: Serm. patrio en la catedral de Buenos Aires).

Moreno fué, sin duda, el alma de la revolución argentina, y Moreno había sido disciplinado por un fraile, un catedrático de la Universidad de Córdoba. (López: t. III, c. XX).

Funda en 1810, para divulgar ideas propicias y estimulantes, la Biblioteca de Buenos Aires, cuya influencia en los hechos a seguir nadie discute, y parece olvidado ya que el mismo Moreno puso como directores de esa obra patriótica a dos miembros del clero: el canónigo Segurola y el franciscano Rodríguez.

Este último, que había dado lecciones a Moreno cooperando a la revolución, venía, según la expresión de Mitre, "a continuar la tarea del discípulo muerto".

En las grandes asambleas, desde el año 12 hasta el 20, el clero resalta con todos los caracteres de un héroe griego, y somos deudores a él de la proclamación de la soberanía del pueblo argentino en el año 13 y de los derechos afirmados por las armas del año 16 y sobre todo a él, solamente a él se debe la forma de gobierno que nos rige (1).

El supo imponerse a todas las circunstancias apreciantes, arrojando sobre sí las responsabilidades del futuro, cual si viera en las disensiones y en las discusiones solemnes a la patria próxima a extinguirse. (Estrada: *Discursos*, t. XII).

Yo no podría enumerar esa pléyade de patriotas de ambos cleros, pero para gloria de la Universidad de Córdoba que produjo, al decir de Sarmiento, "los grandes atletas de la emancipación", es justo recordar que los que se sentaron en su sillón

(1) Redactor del Congreso, núm. 10, p. 3 — Fr. Justo de S. María de Oro, Fr. José Rodríguez.

rectoral sentáronse también en la presidencia de los grandes congresos constituyentes (1817-1819); firmaron ellos solos los manifiestos dirigidos a las naciones del mundo representando las provincias unidas de la “nueva y gloriosa nación” (25 de octubre de 1816) y fueron el alma y el centro de los grandes movimientos de la revolución de Mayo, como el deán Funes, de quien dijo Sarmiento: “Su influencia en el clero, sus relaciones con todos los hombres distinguidos de ambos virreinos, la reunión misma de tantos alumnos de varios países (en la Universidad de Córdoba) hacían del célebre deán el centro de todos los movimientos preparatorios de la Revolución de Mayo” (t. III).

“En 1810 nadie conocía al deán Funes sino por la fama de su saber, de su patriotismo y de su decidida adhesión a la revolución”. (López: t. III, c. VIII).

El deán había salido del claustro universistario cuando llegó el momento de servir a la patria!

*
* *

Es así como la Universidad de Córdoba influyó en la evolución de la sociedad argentina.

Foco de luz encendido en la obscuridad de los tiempos, iluminó a este continente, rompió el manto de nieblas que lo cubría y lo dispuso para la lucha de los grandes principios y de las grandes causas.

Primero fecundó la idea que bajó a vivir en el fondo del espíritu argentino como una aspiración justa y posible, luego formó hombres capaces de tamaña empresa y cuando llegó el momento de poder sentir libremente “el dulce sentimiento de la patria”, bajó a la lucha encarnada en los hombres de acción y en las iniciativas salvadoras.

Es, pues, justa la frase ya citada de un escritor: “la historia

nacional está compendiada en la historia de la Universidad de Córdoba". Este es el punto inicial de la grandiosa empresa de la independencia y emancipación del país.

Ha luchado a través de todas las edades para realizar este pensamiento y es justo que hoy reciba el homenaje de la gratitud y del reconocimiento nacional.

Fr. JOSÉ M. LIQUENO.
